



ECUMENISMO

DESDE

LOS POBRES

César Jerez

Texto de la ponencia presentada por el Padre Jerez en el IX Congreso de la Compañía de Jesús sobre Ecumenismo, tenido en Montreal del 24 al 28 de agosto del presente año.

La tragedia y esperanza de los países centroamericanos, la misión de las Iglesias y la persecución que sufren en esos países, están llamando la atención al mundo entero. Es muy comprensible que este IX Congreso de la Compañía de Jesús sobre ecumenismo, que es así mismo universal por la representación de Jesuitas de todas partes del mundo, esté interesado en lo que ocurre en esa pequeña parte del mundo y de la Iglesia. Lo que allá está pasando afecta a toda la humanidad, afecta a la universal Iglesia y a todas las Iglesias, y afecta a la fe de todos los cristianos.

Han recibido un escrito, elaborado hace poco más de un año, en el que se describe la situación sobre todo de Guatemala, El Salvador y Nicaragua, y en el que se interpreta la actuación de los cristianos como "Fe, Esperanza y Caridad en un mundo sufriente". Lo que se afirma en ese escrito sigue siendo to

davía válido, y sólo hay que añadir que, desde entonces, la situación en El Salvador y Guatemala se ha agravado, agudizándose la opresión y represión del pueblo, las torturas, - las masacres y el exterminio, la persecución a la Iglesia y los asesinatos a sacerdotes, catequistas y cristianos. En esta exposición examinaré lo que la situación centroamericana y la actuación de los cristianos en ella significan para el ecumenismo.

1.- Planteamiento del ecumenismo desde los pobres

La situación y actuación de los cristianos en Centroamérica confirma los planteamientos sobre ecumenismo que incipientemente se formularon en el VII Congreso de Frankfurt, se profundizaron en el VIII Congreso de Barcelona y fueron recogidos en las conclusiones del grupo hispano-latinoamericano. Lo central de esos nuevos planteamientos consiste en comenzar con la grave sospecha de que puede existir una aparente unidad en la fe que encubre profundas diferencias y que, a la inversa, a través de aparentes diferencias, puede darse una profunda unidad en la fe. La sospecha, por lo tanto, es de que las formulaciones ortodoxas, en cuanto meras formulaciones, e incluso las celebraciones litúrgicas comunes no son de por sí garantía de verdadera unidad en la fe, por mucho que haya que trabajar por ambas. El ecumenismo no se puede plantear radicalmente sólo desde las fórmulas de fe y la liturgia, ni su finalidad inmediata puede consistir en lograr una unidad doctrinal y litúrgica. Para encontrar la raíz verdadera del ecumenismo hay que partir de aquello que sea verdaderamente radical en la vida cristiana, que a su vez posibilitará verdaderas formulaciones de fe y celebraciones litúrgicas realmente cristianas. Encontrada esa radicalidad y esa verdad de la vida cristiana se podrá entonces buscar la unidad de todos aquellos que participan de la vida cristiana con radicalidad y con verdad.

En los congresos de Frankfurt y Barcelona, se puso el énfasis en la práctica cristiana, que genéricamente puede ser descrita como 'amor' e históricamente debe ser descrita como 'justicia'. Se reconoció que es la práctica de la fe la que genera fe, porque desde esa práctica se confiesa realmen

te como el Cristo y se acepta, entregándose a él, el misterio de Dios que se nos acerca y se nos hace presente.

Sólo una práctica desde la fe y que lleve a la fe tiene capacidad de unir a los cristianos y de unirlos en la fe.

La práctica del amor incluye diversas manifestaciones, pero consiste fundamentalmente en el amor a los pobres y desde los pobres; se trata, por tanto, de un amor parcial, que impulsa a la liberación integral de los pobres como misión. La realidad de los pobres, que es histórica y teológica, su concreta situación de miseria y opresión, su anhelo de liberación, su esperanza de que el reino de Dios se acerque, constituye el dato central para la comprensión del amor cristiano, para la confesión de fe en Cristo y en el Dios de los pobres.

Pero la realidad de los pobres constituye además el dato central, histórico y teológico, para el planteamiento del ecumenismo y la forma de llevarlo a cabo. Desde los pobres se verifica la última dificultad y la última posibilidad del ecumenismo. (1) La mayor división que hoy existe en el mundo y la mayor negación de la unidad querida por Dios es la división entre pobres y poderosos, entre oprimidos y opresores. (2) La toma de postura ante esa realidad primaria es lo que en definitiva divide o unifica a las diversas Iglesias de una misma confesión y a las diferentes confe--siones cristianas. (3) La unidad ecuménica verdadera se realizará partiendo de la unidad en la práctica en favor de los pobres. Desde esa práctica unitaria irá apareciendo el verdadero rostro de Dios, que entonces sí podrá y deberá ser -expresado en formulaciones comunes y podrá y deberá ser ce-lebrado en la común liturgia.

2.- La vida y la muerte, división fundamental en la humanidad

La mayor desunión y división se da hoy entre los pobres y los poderosos del mundo. Esa división tiene como última y trágica expresión la muerte de los pobres a manos de los poderosos. Cuando hoy hablamos de división y desunión tene-

mos que estar claros que se trata de una cuestión de vida o muerte, porque en eso consiste la división: existen millones de seres humanos que a diario son privados de la vida y existen seres humanos que, por querer acaparar para sí los bienes de la vida, dan muerte a sus hermanos. Este panorama, por trágico y escandaloso que parezca, es una realidad estructural de nuestro tiempo. Millones de seres humanos sufren hoy la muerte lenta de la opresión a través de estructuras opresivas injustas y miles de seres humanos, ciertamente en Centroamérica, sufren la muerte violenta de la represión.

No es ésta una reflexión puramente socio-económica, como - con tanta facilidad y, a veces, con cinismo hipócrita se denuncia. Es una reflexión que va a las raíces de la fe cristiana. Siempre se ha dicho que donde hay división hay pecado porque el pecado es lo que divide. "Ubi peccatum ibi multitudo". Pero hay que recalcar donde se da históricamente la mayor manifestación de ese pecado, donde se da la mayor ruptura entre los hombres, que es la expresión de la mayor ruptura de los hombres con Dios. Ese pecado mayor y esa mayor ruptura no es otra cosa que dar muerte al hermano. En el NT aparece como el mayor pecado la muerte infligida a Cristo. Hoy podemos decir, considerando a la humanidad como un todo, que el mayor pecado es la injusticia y su necesaria expresión en la violencia institucionalizada que da muerte a los hijos de Dios. Esos son los pobres, los que están cercanos a la muerte por sus condiciones de vida y los que son asesinados cuando hacen algún intento de sacudirse el yugo de su miseria.

Una humanidad así dividida nos presenta la primera pregunta fundamental sobre la fe: ¿en qué Dios creemos? Ciertamente los cristianos afirmamos creer en el Dios de Jesús, Dios que es misterio incomprensible por su realidad trinitaria, Dios plenificador que resucitó a Jesús y consumará la historia en gozo y bienaventuranza sin límites. Todo ello es cierto, y el movimiento ecuménico se regocija de que tantas confesiones cristianas acepten la formulación del misterio de Dios en los primeros siglos y concilios de la Iglesia. Pero no debemos olvidar lo que constituye el fundamen

to en presencia de afirmaciones tan sublimes: Dios es el - Dios de vida, el Dios creador que puso a los seres humanos sobre la tierra para que vivieran, para que usasen de los bienes de la creación en provecho de su vida, para que se ayudasen entre sí y no para que los unos diesen muerte a - los otros.

El pecado, la injusticia que da muerte, es la negación formal de ese Dios de la vida, es negar y viciar de raíz la - creación de Dios. Por ello considerar la ruptura entre vida y muerte como la mayor división en la humanidad de hoy no es otra cosa que preguntarnos en serio por nuestra fe en Dios. Es preguntarnos en serio si aceptamos la bella frase de Ireneo "gloria Dei vivens homo", que Mons. Romero reformuló y concretó como "gloria Dei vivens pauper".

No es posible analizar aquí la vida y la muerte de los pobres en Centroamérica. Pero mencionemos al menos que, desde el encuentro en Barcelona, 25,000 salvadoreños y 5 ó - 6,000 guatemaltecos han sido asesinados; entre esos miles de asesinatos, se encuentran: sacerdotes, tres religiosas, centenares de catequistas y delegados de la palabra, y millares de cristianos. Esta es la destrucción concreta de la creación a la que me estoy refiriendo al hablar de la fe en Dios. Esta es la desunión a la que me he referido y a la que he calificado como la más fundamental división entre los hombres.

Ecumenismo significa unidad en la fe frente a la división - de los cristianos. Pero el ecumenismo debe comenzar con lo que hay de radical en la fe y con lo que hay de radical en la división, considerando ambas cosas en su mutua relación. El problema ecuménico no comienza realmente tratando de unificar a los cristianos en aquellas cosas que nos separan, - presuponiendo que estamos realmente unidos en otras cosas previas, pero fundamentales. El problema comienza mucho antes, aunque a ese nivel no aparezcan las diferencias en las formulaciones. Comienza con la postura que tomemos ante - Dios creador que quiere la vida de los pobres y con el interés real que tengamos por esa vida de los pobres.

En resumen, la primera tarea del ecumenismo hoy es determinar cuál es la fundamental división en la humanidad, que a demás divide realmente la concreción de la fe en Dios. Debemos unificarnos en la fe en el Dios de vida y unificarnos en el rechazo del más profundo ateísmo de nuestro tiempo - que es la idolatría, el culto a los dioses de la muerte, que tienen rostros bien concretos. En nuestros países esos dioses de la muerte son la riqueza absolutizada y la seguridad nacional.

El ecumenismo no debe apresurarse a buscar la unidad en los últimos niveles de la expresión de la fe, sino asegurar su fundamento común. "La voluntad de Dios no es misterio por lo menos en cuanto atañe al hermano y se trata del amor" - (Ernst Kasemann, La llamada de la libertad, Salamanca, p.35) En nuestra situación centroamericana la voluntad de Dios no es un misterio sino una evidencia y transparencia absolutas respecto a la defensa de la vida de los pobres y a la tarea de su liberación. Con esto no se agota ciertamente la fe, pero sin esto no se habrá dado el primer paso correcto de la fe en Dios. Vano será buscar la unidad en la fe sin este presupuesto.

3.- La opción por los pobres y la unidad de los cristianos.

La toma de postura ante esa división fundamental de la humanidad es lo que ha hecho crecer o decrecer en la fe y lo que ha unificado o desunido a los cristianos, tanto intraeclesial como interconfesionalmente. Esto es un hecho en Centroamérica, que la teología ha interpretado además como de derecho, es decir, como una toma de postura fundamental para la fe. La opción preferencial por los pobres significa una práctica histórica para ellos y desde ellos en busca de su liberación, pero significa también el lugar donde creer en Dios y el lugar desde el cual la fe en Dios puede ir creciendo y mostrando toda su plenitud.

Es la opción preferencial por los pobres la que divide a los cristianos. No se puede negar que cualquier hombre de buena voluntad y cualquier cristiano desearía que se pusiese -

fin al increíble dolor de los pobres, a su miseria y a su muerte. No tratamos por lo tanto aquí el caso de aquellos cristianos sólo de nombre que hacen causa común con los opresores y que, como dice la Escritura, "por su causa se blasfema el nombre de Dios" (Rom. 2, 24); tratamos de aquellos que en principio aceptan la opción preferencial por los pobres. Lo que está en juego para comprender las raíces reales de la división, es la eficacia de esa opción. - Hay Iglesias y confesiones en las que algunos de sus miembros y jefes ponen el dolor de los pobres en segundo lugar; la opción deja de ser algo último. Eso se puede hacer ideologizando el problema de los pobres y afirmando que, aunque trágica sea su realidad, más trágico sería lo que en Centroamérica se califica como el triunfo de la izquierda y la consiguiente pérdida de los valores de la llamada civilización occidental, cristiana y democrática; se puede hacer también invocando la propia seguridad de las Iglesias indicando que más podrán trabajar por los pobres a la larga si en las situaciones conflictivas se retiran prudentemente; se puede hacer, en fin, no diciendo ni haciendo nada por los pobres, aunque no se les niegue explícitamente.

Sin duda, la opción preferencial por los pobres origina riesgos y conflictos que conllevan inevitablemente la amenaza, la calumnia, la persecución y el martirio. Pero, en el fondo, si se abandona la opción preferencial por los pobres es porque se ha hecho pasar a un segundo o tercer plano su dolor. Este dolor no toca ya, como decía Mons. Romero, el corazón de Dios, no es algo último porque no se lo relaciona eficazmente con lo último de la fe. De esa forma, las Iglesias van suavizando extremadamente la denuncia profética o simplemente enmudeciendo frente a los responsables de la opresión; burda o paulatinamente van abandonando a los pobres a su propia suerte en nombre de una neutralidad que no es posible ni histórica ni evangélicamente. De esta manera, van sustituyendo la evangelización, el anuncio de la buena nueva a los pobres, la tarea de la liberación integral, por la repetición de una doctrina cuando no de simples consignas.

Cuando las Iglesias diluyen de ese modo la opción preferencial y cuando, peor todavía, optan por los poderosos brota la

raíz más profunda de división intraeclesial e interconfesional. Pues siempre existirán en la Iglesia, y existen hoy abundantemente, cristianos que mantengan la opción fundamental, no sólo porque así se ha expresado en Medellín y Puebla, sino porque esa opción es la opción de Jesús, que el Espíritu recuerda y vigoriza a lo largo de la historia. La opción preferencial por los pobres y, para decirlo más realísticamente, los pobres por quienes hay que optar pueden ser la última causa de división en las Iglesias, aunque interesadamente se pretenda poner las raíces de la división en ideologías y teologías. Y porque esa postura ante los pobres es mediación de la postura ante Dios, por ello también la desunión alcanza los niveles de la fe, si no en sus formulaciones, sí en su contenido real.

Por el contrario cuando se ha hecho de verdad, con radicalidad y hasta sus últimas consecuencias esa opción por los pobres crece la unidad intraeclesial e interconfesional, y crece el ecumenismo sin aspavientos ni esfuerzos adicionales, porque se ha hecho crecer la fe en el verdadero Cristo y en el verdadero Dios, en el que se pueden encontrar todos los cristianos. Para poner de alguna manera gráfica ese sorprendente y desconocido movimiento de unidad basta recordar el proceso de unificación eclesial desencadenado durante el arzobispado de Mons. Romero.

El mismo Mons. Romero reconoció la pujante unidad que se iba creando en su Arquidiócesis y en otras Iglesias locales del área centroamericana, y se sorprendió de ello. Con alegría comprobó el milagro de la unidad entre pastores y pueblo, entre los agentes de pastoral, sacerdotes, religiosos, religiosas, delegados de la palabra y catequistas, entre cristianos de muy diferente condición social, intelectuales y campesinos, obreros y profesionales, así como entre cristianos de diferentes confesiones. Con alegría pudo contemplar impresionantes manifestaciones de unidad en reuniones del clero con religiosas y en celebraciones litúrgicas multitudinarias. Pero además de comprobar la unidad y alegrarse de ello se preguntó su por qué.

Mons. Romero no tuvo duda de que lo que realmente había uni

do a los cristianos era la fe; pero --como puntualizó-- no sólo la misma confesión de fe, sino principalmente "la puesta en práctica de esa fe" (Segunda Carta Pastoral, La Iglesia Cuerpo de Cristo en la Historia). Poner en práctica la fe supuso para Mons. Romero poner la misión evangelizadora a los pobres, como algo central, predicarles la buena noticia, encarnarse en su dolor, mantener su esperanza, hacerles conscientes de su dignidad y capacidad, animarles a aunar esfuerzos organizándose, juzgando y apoyando a los procesos históricos según fuesen o no en beneficio de los pobres, devolverles su dignidad en la muerte declarando su sangre derramada sangre salvífica y en muchos casos martirial. Supuso también corregirles, presentarles el evangelio como una exigencia para ellos, como una levadura que debía poner espíritu cristiano en su condición de pobres y en sus luchas liberadoras. Supuso ~~por último~~ aprender de los pobres, de su solidaridad, de su esperanza en medio del sufrimiento, de su generosidad en dar la vida, Este tipo de opción por los pobres es lo que según Mons. Romero hacía crecer en la fe a los cristianos y los unificaba en la fe.

Esa opción acarreó una inmensa persecución a los cristianos, que les asemejó a Jesús y a los pobres. Con la persecución, la Iglesia y la fe de la Iglesia gozó de inmensa credibilidad, pero porque la Iglesia se encontró con los pobres en su destino. "La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución... Se gloría de mezclar la sangre de sus sacerdotes con las masacres del pueblo" (Homilía del 17 de febrero de 1980). "Sería muy triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (Homilía del 24 de junio de 1979). Estas increíbles afirmaciones muestran mejor que muchas elucubraciones cómo comprendió Mons. Romero la opción preferencial por los pobres. Pero muestran también su potencial decisivo para la fe y para la unidad en la fe. Para Mons. Romero la unidad se consigue en la fidelidad a la Palabra y a la exigencia de Jesucristo; y se cimenta en el sufrimiento común" (Segunda Carta Pastoral).

Lo que Mons. Romero dijo en definitiva es que la unidad se consigue con la santidad. Si el pecado es lo que desune, - la santidad es lo que unifica. Pero se trata de la santidad cristiana entendida según el seguimiento de Jesús, es - decir, desde una encarnación que es Kenosis, abajamiento en el mundo de los pobres, una existencia para los demás que pasa esencialmente por la entrega a los pobres, y un sufrimiento que culmina en la disponibilidad y realidad de dar - la propia vida por el pueblo sufriente, ofreciendo así el - testimonio del mayor amor. Esa santidad unifica porque permite la verdadera fe. Evidentemente, el ecumenismo deberá tratar la unidad de la fe a muchos otros niveles, deberá - buscar las expresiones de esa unidad en formulaciones y celebraciones litúrgicas, deberá hacer uso de muchos otros medios de investigación histórica y estudio teológico. Pero si quiere ir a la raíz última de la unidad, deberá empezar por ese tipo de santidad que pasa, como pasó en Jesús, por una verdadera opción por los pobres.

4.- La solidaridad como camino hacia la unidad en la fe

La opción por los pobres, tal como la practican muchos cristianos en Centroamérica, ha desencadenado un notable movimiento de solidaridad con y de muchos cristianos de otras - Iglesias y confesiones más allá del área centroamericana.- Esa solidaridad se extiende a muchos campos, pero quiero considerarla aquí en primer lugar como solidaridad en la fe. Si el ecumenismo apunta hacia la unidad universal en la fe, la solidaridad expresa el mutuo llevarse en la fe de las diversas Iglesias locales esparcidas por todo el mundo.

Subrayemos en primer lugar el hecho mismo de la solidaridad en la fe. Es un hecho novedoso, que oímos repetidamente con humildad y también con alegría, que el testimonio de fe de muchos cristianos centroamericanos, sellado a menudo con su sangre, ha reavivado la fe en hombres y mujeres de países e Iglesias que, por razones históricas y ambientales, pasan por una época de fe lánguida, decreciente y atormentada. En el rostro escondido de los pobres centroamericanos, en la entrega de los cristianos a los pobres y en la fortaleza de mantenerse en esa entrega a pesar de la persecución, muchos

cristianos del llamado primer mundo han vuelto a encontrar el rostro de Cristo y a encontrarse con Cristo; el misterio de Dios ha dejado de ser un enigma metafísico o un símbolo de alienación humana, para convertirse en un misterio de amor, parcial y defensor de los pobres y crucificado con ellos.- Incluso en países socialistas cercanos al área centroamericana, algunos no creyentes han vuelto a reconsiderar el fenómeno religioso, reconociendo al menos que la fe desencadena positivos valores humanos e históricos y que un ateísmo dogmático es cuestionado por una fe solidaria con la práctica de los pobres.

Este es el aporte de muchos cristianos centroamericanos a la fe de otros cristianos. Pero, a la inversa, también Centroamérica ha recibido mucho de otros cristianos y otras Iglesias, católicas y protestantes; y, en primer lugar lo han recibido al nivel de la fe. Por poner sólo el símbolo más preclaro, recordemos a los sacerdotes, religiosos y religiosas que, provenientes de otros países, han dado su vida y su sangre en Centroamérica. Son cristianos de Estados Unidos, de Filipinas, de España, de Italia, de Bélgica. Con su vida nos han dado su fe a nosotros en Centroamérica y han desencadenado también un movimiento de fe en sus países de origen que se vuelca hacia los pobres de Centroamérica.

En este nivel de fe es donde se muestra en primer lugar la solidaridad entre los cristianos de las diversas partes del mundo. El universalismo ecuménico está pasando realmente - por la solidaridad en la fe, por ese llevarse mutuamente, dando con humildad lo mejor de la fe de unos y recibiendo como don y gracia lo mejor de la fe de otros. Este es un modo preciso de suma importancia hoy para fomentar el ecumenismo: fomentar la solidaridad en la fe, concebir la unidad en la fe no sólo en su estadio terminal de formulaciones comunes, sino en el proceso hacia ellas, dando y recibiendo la fe.

Pero recordemos que esa solidaridad se ha generado desde una fe que hace suya la opción por los pobres. Son éstos los que han generado solidaridad. Por ello también la solidaridad generada se muestra en las mediaciones de esa fe, en la ayuda material, en el apoyo moral, en la denuncia en otros -

países de los horrores que sufren los pobres. Es una solidaridad en la fe, pero que se expresa con la solidaridad - en la justicia porque los pobres están en la raíz del movimiento de solidaridad.

Es pretensioso afirmar que la solidaridad es el nuevo nombre del ecumenismo. Pero no es pretencioso afirmar que el ecumenismo pasa hoy por la solidaridad con las Iglesias volcadas hacia los pobres; esa solidaridad expresa el hecho - de llevarse mutuamente en la fe, expresa la verdadera catolicidad de las Iglesias locales, formando la Iglesia universal una, y expresa la forma de vivir hoy la fe en la - trascendencia de Dios, así como la práctica histórica de la fe en un Dios de los pobres.

5.- Llamado a la solidaridad con los pobres de Centroamérica

Estamos celebrando un congreso sobre ecumenismo y quisiera aprovechar estas palabras finales para que tengamos ecumenismo en acción. Uds. representan a católicos de muchas -- partes del mundo y, precisamente porque se dedican al ecumenismo, pueden representar también a muchos hermanos de otras confesiones. Este mismo congreso puede convertirse - en una realidad ecuménica, tal como la hemos expuesto. Por ello, desearía que este congreso desencadenara la solidaridad entre las Iglesias de Centroamérica y las Iglesias que Uds. representan.

En este movimiento de solidaridad lo más importante que nosotros tenemos que ofrecerles es el dolor de nuestros pueblos así como la fe de los cristianos que acompañan al pueblo sufriente y con él a veces luchan dignamente por un - hombre nuevo en una nueva sociedad. No tenemos oro ni plata, pero sí podemos ofrecer lo que Mons. Romero ofreció en Puebla a la Iglesia de América Latina y de todo el mundo: "Una Iglesia tan viva, ¡una Iglesia mártir! ¡una Iglesia - tan llena del Espíritu Santo!" De Uds. y de las Iglesias que representan esperamos antes que nada la solidaridad en la fe, que hagan Uds. la opción por los pobres en sus propios lugares y que se mantengan firmes en ella a pesar de

los malentendidos, difamaciones y persecución que les ocasionará. Les pedimos que trabajen en sus propias Iglesias por ser seguidores de Jesús, que conciban su específica tarea ecuménica desde dentro de ese seguimiento. Esa fe mantendrá la nuestra, dará firmeza a nuestra esperanza y desencadenará creatividad cristiana entre nosotros para seguir adelante en nuestra misión.

Les pedimos también que una parte importante de su trabajo ecuménico se convierta en solidaridad con los pobres de Centroamérica. En estos mismos momentos en que estamos reuniéndose para reflexionar sobre el ecumenismo, miles de centroamericanos están sufriendo hambre, desempleo masivo, torturas y asesinatos. En estos momentos se sigue asesinando a sacerdotes y catequistas. En estos momentos muchos hermanos jesuitas tienen que trabajar con riesgo, amenazados con bombas, expulsados de algunos países, sin poder entrar a otros países. En estos momentos sigue sin saberse el paradero de nuestros hermanos jesuitas, los PP. Luis Eduardo Pellecer y Carlos Pérez Alonso. Del primero sólo sabemos que fue secuestrado y torturado, y tememos que haya seguido el trágico destino de tantos desaparecidos en Centroamérica: - el asesinato; del segundo sólo sabemos que fue secuestrado. En este contexto les pedimos su solidaridad en nombre del dolor de los pobres y de la persecución de los cristianos.

- a) Les pedimos ante todo que conozcan bien y den a conocer la situación real de nuestros países y su tragedia; que se interesen por la verdad y la difundan; que denuncien las innumerables violaciones de los derechos humanos, - los asesinatos, las torturas, las masacres, los desaparecimientos, las nulas garantías legales de los apresados; que desenmascaren las falsas interpretaciones que dan la prensa y los gobiernos de algunos de los países en que Uds. trabajan. Les pedimos que sean fieles al Dios de la verdad, y conozcan y digan la verdad sobre los pobres, sobre su sufrimiento y también sobre sus luchas y sus esperanzas.
- b) Les pedimos ayuda humanitaria para cientos de miles de centroamericanos pobres que no tienen comida, empleo, ca

sa ni medicinas. Esta situación es sobre todo trágica en El Salvador. Miles de salvadoreños viven en refugios en condiciones infrahumanas, hacinados, sin poder salir por miedo a ser asesinados, sin saber el paradero de sus familiares, sin poder remediar la muerte de niños por desnutrición. Otros muchos miles han abandonado el país y se encuentran muchas veces desamparados legal y materialmente. En Guatemala se corre el peligro de que se instauren verdaderos campos de concentración con refugiados impedidos de salir del país. Les pedimos fidelidad al Dios del amor, de la misericordia y compasión, al Dios que quiere la vida de esos pueblos.

- c) Les pedimos que usen su influjo en los medios eclesiales y ecuménicos para que los cristianos de todo el mundo y sus autoridades eclesiásticas, pongan todo el peso de su influjo social denunciando la verdadera situación de nuestros países y clamando por una justa solución a sus conflictos. Les pedimos fidelidad al Espíritu de Dios, presente en las Iglesias, para que sus representantes digan la palabra de verdad.
- d) Les pedimos, sobre todo a aquellos de Uds. que viven y trabajan en países del mundo occidental que pueden influir en el destino de nuestros pueblos, que usen su influjo ante los responsables de esos países. En concreto, a los jesuitas y a los cristianos de los Estados Unidos les repetimos con Mons. Romero y con Mons. Rivera que no decaigan en denunciar la injustificada y nefasta intervención de su Gobierno en los asuntos de nuestros países. Les pedimos fidelidad al Dios de la historia, que no está allá donde se concentra el poder, sino donde se busca la liberación de los pobres.

Esta solidaridad es hoy la forma histórica del amor cristiano universal, es decir, ecuménico. A través de ella crecemos en la fe y crecemos juntos en la fe. Nos encontraremos unidos en el único camino que conduce a la fe: en el seguimiento de Jesús. Todos los otros trabajos por unificar a los cristianos tendrán sentido dentro de este único camino. Fue

ra de él, el ecumenismo puede degenerar en un simple incremento de conocimientos eruditos, en un diálogo sobre cosas que no interesan ni favorecen a los pobres, puede convertirse --permítanme la dureza de la expresión-- en alienación, en volver de nuevo las espaldas a la historia.

Pero si, por el contrario, hacemos ecumenismo desde los pobres, entonces ambos saldrán beneficiados. Esta es mi convicción profunda, porque hemos visto los frutos de una fe cada vez más común cuando se opta por los pobres, y la ingente ayuda cristiana, moral y material a los pobres de muchas instituciones ecuménicas. Por esta convicción he venido gustoso a hablar en este Congreso, porque creo firmemente que desde los pobres, haciendo nuestra su causa, participando en su destino, vamos descubriendo cada vez más el misterio de Cristo y el misterio de Dios, vamos creciendo en la unidad intraeclesial e interconfesional de la fe, y de esa forma nos vamos acercando a la utopía de Jesús: "Que todos sean uno".

D I A K O N I A

NUMEROS ATRASADOS DISPONIBLES

13. *Vivir la fe en un horizonte socialista*
14. *Testimoniar la fe en América Latina*
15. *Espiritualidad para tiempos de revolución*
16. *Los Ejercicios Espirituales hoy*
17. *Dios hoy*
18. *Amar a la Iglesia*